

ñado á ellos, hasta mi puerta vinieron conmigo y en ella se despidieron, subiendo yo mi escalera más satisfecho que pudiera creerse y embriagado de nuevo.

Entonces vivía yo absolutamente solo. Comiendo siempre fuera, no necesitaba de criado estable. *Bulle-bulle* iba todas las mañanas para aviar (y romper algo, de paso), recibía los recados y antes del almuerzo se marchaba depositando el llavín en mis manos. Estaba, pues, todo á obscuras cuando entré, y hube de encender mi pajueta y luego el quinqué por mí mismo... Como dos sombras inmóviles, que guardaran la entrada, el silencio y la soledad me recibían siempre, brindándome un asiento donde refugiarme, y me quedaba absorto en la tristeza de mis cavilaciones. Aquella noche las aparté con el ruido de mi alegría, las empujé hacia el balcón, que abrí para que la luna entrara y con ella Delfina, envuelta en el cendal de sus rayos de plata...

No había ya duda. Delfina me quería. ¿Fué el viento ó qué? En el fondo de la habitación desierta escuché un rumor, un eco, un suspiro que distintamente formuló este reclamo:

— ¡Papá!

IV

Ocurriósele, de allí á poco, á mi tía Sandalia organizar una cabalgata por el estilo de las famosas de mi tía Transitito, con el sabroso aditamento de una me-

rienda en el campo y al aire libre; y como era tiempo de primavera (allá por noviembre) y la gente moza no necesita de acicates para el placer, todo fué proponerle ella y aceptar la invitación la tertulia entera, incluso los viejos, con la sola excepción de mi tío, que no podía menearse, pues las señoras mayores, si bien renunciaron á los peligros de la equitación, no se resignaron á privarse de las delicias de un buen yantar y decidieron embutirse en dos volantas y adelantarse á esperarnos en el punto de cita, que era la quinta de Solaños, camino de los Olivos.

Antes de rayar el alba del día prefijado salió la impedimenta de nuestro ejército, compuesta de las dos volantas y un carro con las vituallas y la servidumbre, y á poco más nuestro bizarro y alegre escuadrón á tendido galope por aquellas calles fangosas y al trote largo bajo los sauces del río, mientras el sol asomaba sobre el cristal de las aguas para mirar el lucido tropel de caballeros y Amazonas que así turbaban la paz aldeana de la futura gran ciudad. Iban delante mi tía Sandalia sobre un caballito bayo, recuerdo que era una pólvora, y con ella Arminda Solaños, divina, manejando el suyo con una destreza que á no pocos jinetes hacía falta; Justita González, que parecía la propia Diana cazadora, llevaba á Esquendo á la zaga, y Matilde Prisco, de basquiña clara y sombrerito de paja, lo menos media docena de abejones al retortero. Delfina marchaba en medio de un grupo del que Maltancito era el jefe... Entre los rezagados figuraban misia

Candela, la niña Paula, con su gravedad de monjita que presiente su destino, y yo.

Yo, por la causa que voy á explicar, y es que aquella mañana no merecí de Delfina ni el vulgar saludo que marcan los códigos de la cortesía. Tiesa y adusta conmigo, ni me miró siquiera, sin duda para excusar todo pretexto de palique; y esto que podía tomarse por una de las más extrañas fases de la coquetería, que aguzando la crueldad aumenta el dolor y en ello se complace sanguinaria, se agravaba en tercio y quinto por el empaque de misia Candela y la grosera actitud de aquel zoquete de D. Isaías, que se hizo también el ciego, pero con tan poco disimulo que estaba pidiendo una explicación perentoria. Adopté mi sistema favorito, que era el de atufarme: puse una cara de dos varas, me tragué la lengua y dejé que el caballo me llevara sin importármeme adónde ni por dónde, así fuera á los mismos infiernos; con el angustioso reconcomio de aquel cambiazo tan evidente de toda la familia, no estaba yo para apreciar más detalles que los que con mi pena tenían alguna afinidad, y guiado por los flotantes tules de la señorita de Daver, no apartaba de ellos los húmedos y entristecidos ojos.

Que no me pregunten á mí cosa alguna de aquella condenada fiesta, porque no sabré responder. Si la sacó á colación es porque ella determinó el derrumbe completo de mi castillito de naipes. Aun mirándola desde aquí, la alegría y la algazara me suena en los oídos como toque fúnebre; sombras me parecen todos,

y el bonito camino de la costa horrible calvario sin fin. ¿Acabó el sol de salir de sus reales aposentos, ó se nubló de disgusto al ver mi dolor? ¿Corría la brisa con nosotros, ó se agazapaba en la orilla junto á las *toscas*? No sé. Oí decir que hacía fresco y que el cielo estaba entoldado; pero más entoldado estaba yo y nada fresco, sino tan quemado que me abrasaba, por lo cual no me daba cuenta de otra procesión que la que me andaba dentro.

Iba también con nosotros (no hay para qué olvidarlo) el ministro inglés, un señor muy coloradote y bonachón, que se despepitaba por las muchachas bonitas, y galopito va, galopito viene, de Arminda á Delfina y de Delfina á Justa González, no paraba en sus enrevesados chicoleos y extravagantes muestras de admiración; al cual diplomático D. Isaías empeñábase en convencer que la marcha política del país era pésima, que él «veía muy lejos» y que «la situación gravísima...» etc., con las demás insulseces de su repertorio de ignorantón presuntuoso, que oía de mala gana el inglés: huía éste de tamaña matraca; pero como las muchachas le aventaban en seguida, venía á caer sobre misia Candela ó sobre mí, que deseos no me faltaban de hacer lo que ellas.

Y retengo éste detalle del ministro andariego y empalagoso, galopito va, galopito viene, porque con esto de que el buen señor se me ponía delante ó al costado cuando menos lo pensaba, quitábame la vista de aquellos flotantes tules de mis pecados, y metiendo su abe-

7

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

renjenada nariz donde nadie le llamaba, me estorbaba el que yo atara los cabos de mis cavilaciones, deducciones, sospechas, celos y demás notas de la grillera mía.

Misia Candela, cuyas redondeces desbordaban de la silla, enteramente poseída de la vanidosa idea de su gallardía, procuraba atraer al señor ministro para mostrarse escoltada de tan ilustre caballero y dar suelta á la espita de su ingenio; perseguíale D. Isaías asimismo para probarle, con antipatriótica pesadez, que el país estaba perdido, y galopito va, galopito viene, el hombre rojo quebraba á lo mejor el hilo de mis pensamientos...

— La madre escurre la vista (pensaba yo, trota que trota) y hace tanto caso de mí como de un perro callejero que siguiera la comitiva al olor del festín; el padre se desentiende con tanta franqueza, que á poco que me descuidase apelaba á sus despachaderas y tenía que quedarme en el camino; ella..., creo que no se ha enterado todavía si vengo ó no vengo. La acompaña Maltancito, la entretiene Maltancito, la preocupa Maltancito. Maltancito aquí, Maltancito allí. ¡Ay, D. Perfecto infeliz! ¿No has caído todavía en que Maltancito es el preferido? ¿Ahora echas de ver su rivalidad?, ¿y la fuerza de su insignificancia?, ¿y el peligro de su bajeza? ¿Qué armas tienes tú para luchar con semejante adversario? ¿Vale la decencia contra la ruindad?, ¿la moral contra el vicio?, ¿la lealtad contra la traición? ¿Puede más el bueno que el perverso?, ¿el discreto que

el necio?, ¿el prudente que el audaz?... ¡Mira cómo le aplauden los mismos que á ti te silban, y cómo se vuelve ella, orgullosa de que se le celebre! ¡Ay, D. Perfecto infeliz!, convéncete de que eres muy soso: te falta el picante que sobra á Maltancito, y por eso entre tú y Maltancito, entre las perfecciones tuyas y las picardías de él, el vencedor en el mundo social será siempre Maltancito, y tú el derrotado y el burlado...

Para que pudiera yo enhebrar estas reflexiones en aquel infernal camino, hube menester de no sé cuánto tiempo, y no sé cuántas veces la inquieta Excelencia me desbarató la siguiente combinación imaginativa: que el padre, la madre y la hija habíanse puesto de acuerdo para impedir que siguiera adelante en mis pretensiones y me daban el portazo del desahucio con brusquedad y firmeza, á fin de que no volviera por otro; fuese la causa lo del niño, la voluntad paterna ó el capricho de la muchacha, el hecho era evidente, y con el convencimiento de mi desdicha, con la idea de aquel hogar que deseaba formar santamente y veía eternamente vacío, de saberme así repudiado de la masa social y condenado á la proscripción y al aislamiento, ser extraño que molesta á los demás y que todos acosan y persiguen, culpable de mis buenos sentimientos, se me alargó la cara dos varas más hasta mover á mi prima Paulita á preguntarme:

— ¿Qué tienes, Juan de Dios? ¡Estás triste! ¿Será que no te gusta el paseo? A mí tampoco. Hubiera preferido quedarme en casa.

Yo también, pero ya no había remedio. Y trota que trota iba yo en el brillante escuadrón como el Cid muerto atado á su caballo, que para lo que yo sentía era como si muerto estuviera. Corríamos y corríamos y nunca llegábamos, ó no parábamos nunca; en torno mío estallaban los latigazos y las carcajadas; desfilaron á ambos lados los árboles y las casucas; el río se escondía, se quedaba rezagado y murmurando nos salía al encuentro; el sol... creo que no se mostró en todo el día é hizo bien. ¡Para lo que había que ver! Yo, al cabo, quité los ofendidos ojos de los flotantes tules en cuyos pliegues aparecía enredado el negro bicharraco de Maltán, y los clavé en la cerviz humillada de mi rocín, que, sin que sea disfavor para la cuadra de Tejera, no otro nombre merecía el mío y la mayoría de los que nos conducían, de tan fea estampa y tan salpicados de barro como el *picazo* de mi padre.

Creo que no sucedió nada de particular en el largo trayecto, y allí al filo de las mil y quinientas llegamos á la quinta de Solaños, muy molidos y hambrientos todos, menos yo en lo que toca al hambre, que bien hartado estaba de amargura y de pesar. En el cerco de madreselvas y rosas perpetuas nos recibió un perro ladrando, y conforme atropelladamente pasamos la tranquera y enfilamos la calleja de boj, el grupo de mamás que salió de uno de los corredores y en sendas mecedoras esperaba impaciente nuestra llegada.

En el apearse, charlar, entrar en la casa (bastante mala) y pasarse quién el cepillo, quién el peine, per-

dimos mucho tiempo. Sólo una vez, entre el ir y venir, la casualidad me puso frente á Delfina, tan inopinadamente que no hubo medio de evitarlo; yo me turbé, ella no. Con serenidad rayana en el descaro, dió una gran voz:

— ¿Usted aquí, Riquez? ¡No le había visto! ¿Qué tal?

Y escapó hacia el jardín, diciendo que iba á coger fresas y añadiendo aquello de: «el que me quiera, que me siga,» en francés para mayor coquetería. Yo no la seguí. Maltán y dos más aceptaron el reto, y todos desaparecieron en la arboleda.

Yo me encaminé á la glorieta, donde preparaban la mesa del almuerzo, y era un altozano encantador que dominaba el río. Mi tía Sandalía y la vieja dueña de la finca, tía de Arminda, con una legión de criados negros de todos matices, desde el ébano de Africa al pardo cuarterón y desde el chino pampeano al mulato mestizo, distribuían platos y cubiertos, vasos y botellas; retiraban de las cestas los pavos y jamones, los dulces y las compotas. Como reguero de hormigas, la negra servidumbre iba de la glorieta á la cocina y de la cocina á la glorieta con fuentes, con frutas y toda clase de apetitosos comestibles, y los que llevaban las manos vacías eran portadores de una orden urgentísima. Tan pronto como entré, vino á mí la tía y me cuchicheó:

— ¿Dónde quieres que te coloque?, ya lo sé, no me lo digas.

Riendo bondadosamente, me mostró un cartón con

mi nombre escrito, que puso junto á otro que decía *Delfina*, y entretanto me miraba gozosa, satisfecha de su travesura.

¡Pobre tía Sandalia! ¡Dios le haya premiado su ex-



... y entretanto me miraba gozosa, satisfecha de su travesura

celente intención! A mí no me importaba ya que me colocaran donde quisieran, pero no lo dije y la dí las gracias tibiamente. Salí y fui á sentarme lejos, en sitio solitario, cara al río infinito. Contemplándole, creo que lloré...

Al menos el ruido de los comensales que llegaban á la glorieta me sorprendió con humedad en los ojos, que me apresuré á borrar; y de un brinco me levanté, subiendo de prisa la cuesta para que mi ausencia no se

tomara por motivo de broma. No bien entré, busqué mi asiento y no le hallé donde mi tía le dejó designado: *Delfina*, de pie delante de su cubierto, ostentaba á su derecha á *Maltancito* y á su izquierda otro acólito de su corte, y seguía de soslayo mi pesquisa alrededor de la mesa con burlona gravedad que sus cómplices imitaban de la peor manera del mundo. Comprendí la maniobra y disimulé como pude, más irritado de que me creyera autor del proyecto de aproximación, que del desaire que me hacía. Al cabo de tres vueltas dí con mi asiento, que estaba en el extremo más incómodo, al lado de *Paulita*. Nos sentamos, y á nuestra espalda y sobre nuestras cabezas empezó á agitarse el negro escuadrón de servicio...

De nada de lo que pasó en el almuerzo quisiera acordarme. Pero ¿cómo olvidar el cuadro que durante dos horas largas tuve en las propias narices y se me metió en los ojos y luego en la memoria, de tal modo impreso, que las tres figuras principales aparecen fotografiadas, vivas más bien, *Delfina* entre *Maltán* y el compañero, escandalosamente alegres, inquietos, zumbones é inaguantables? Ya de un lado, ya del otro, obscuras zarpas se deslizaban sobre el mantel ofreciéndome los más celebrados condumios de la cocina criolla, y al balanceo negativo de mi cabeza desaparecían y se presentaban platos y más platos, quita y pon interesante al que no atendía, porque mi ser entero suspenso estaba de lo que ocurría al otro extremo... Cuchicheos de *Maltán*, risitas de *Delfina*, cortesías recíprocas, in-